que nos ligan. Sí, te lo confieso ingenuamente, tus primeras palabras, tus primeros gestos respecto á la revolución, me lastimaron. Te confieso que por un momento dudé de tí; después llegaste á inspirarme asco, repugnancia invencible. Creí que habías caído indefectiblemente bajo el contagio de los literatoides de tu México, te creí definitivamente perdido y confundido entre esa piara de ilotas de la pluma, incapaces de algo que no sea emborronar sandeces, plenas de miel postiza; de esos individuos finchados de miseria y de ruindad, diosecillos que creen ver muy por debajo de ellos á esta pobre é insignificante humanidad, y que ignoran que para esa misma humanidad ellos no significan sino lo que significa un zapo hinchado de fatuidad y de estulticia. Miserables llorones de la *paz*, eunucos del poder, ineptos para dar una gota de sangre ni por el hermano, ni por la patria, ni por la especie; mandrias que se pasan la vida satisfechos con dejar anotado un miserable nombre en la lista interminable de los afeminados, de los repugnantes degenerados de esta época; productos podridos de una seudocivilización; buenos

apenas para engalanar las carnes podridas de las mesalinas de los potentados . . .

Yo no llevaba paragiias, si nó lo habría abierto . . . .

———

Al acostarme no me acordé de Toño ni de sus cosas; sino de mi hombre, el de las gallinas, del furgon cargado de armas, de los mil pesos, de Vicente que lo había escuchado todo, de la gendarmería rural que estaba al corriente de la llegada de aquel armamento ¡Y yo en medio de la batahola!

En las primeras horas de la noche mi cerebro funciona con una actividad loca, irresistible; después la fatiga me va rindiendo poco á poco, y á la madrugada me quedo inmóvil, profundamente dormido, durante dos horas escasas. Al despertar, mi corazón late, otra vez, con desasociego opresor; pero entonces mi mente se alumbra con lucidéz perfecta. Veo claro mi camino: la línea de conducta que lógicamente debo de seguir, se proyecta nítida fuera de mis párpados cerrados. Y me maravilla el que esta idea salvadora, hasta estos momentos haya venido

en mi ayuda. Mi espíritu, pues, entra en reposo; me vuelvo á dormir, y despierto cuado el sol entra en raudales alegres por mi ventana.

Ni Toño ni María están en casa; me desayuno, pues, sólo, en el comedor. Esto calma mi espíritu, porque mi situación del día no deja de ser un poco embarazosa.

De pronto penetra de puntillas, el blanco mandil volteado sobre un hombro, el cocinero, y me pregunta con ansias femeniles:

—Oiga. niño, ¿y es verdad que los revoltosos vienen haciendo atrocidades con las mujeres?

—Y hasta con los que se les parecen —le contesto sin inmutarme.

Termino mi desayuno y encuentro á las puertas del comedor á Vicente, con el sombrero en las manos.

—¡Ah, Vicente, por primeravez te presentas con oportunidad! Te necesito con urgencia, amigo, acércate. Una blusa y un pantalón de mezclilla, cualquier sombrero viejo de petate; todo á las cuatro de la tarde en tu casa. Pero que nadie se entere.... ¿me entiendes?

—Entendido, patrón. ¿Y de armas?

—¡Qué armas ni qué demonios, imbecil; un pantalón y una blusa de mezclilla! . . .

Vicente permanece un instante boquiabierto, sin comprender; pero luego, como perro leal, inclina la cabeza humildemente y parte sin chistar.

Mientras Toño y María regresan del campo, salgo á distraer mi pensamiento. Voy de aquí para allá, sin encontrar un punto que propiamente me acomode. Acabo por entrar á las cuadras, y el caballerango debe de admirarse de encontrarme extático ante las roídas ancas del caballo de la noria.

—Dígame mi patrón,—pronuncia acercándose confidencialmente el mozo de cuadras,—¿es cierto que este *siñor don Madero* viene á hacer que nos quiten las contribuciones y nos paguen un peso diario?

Y Madero siempre, siempre la odiosa palabra en mis oídos. Madero, la pesadilla que me asalta en sueños y á todas horas del día .... ¡Maldito sea Madero! ....

Y á escape me dirijo á las tierras en volteo. Uno de los medieros entierra su otate en el polvo, hunde la reja y detiene la yunta; luego, la cabeza y los hombros caídos, se dirige, paso á paso, hacia mí.

—Buenos días le dé Dios al amo, ¿Cómo amaneció su merced? ¿La siñora, buena? ¿los niños sin novedad?

Y tras una retahila interminable de expresiones para toda mi generación presenté y por venir, el hombre viene al grano:

—¿Por eso, pues, patrón, ese don Madero pelea por la religión, ó por quién pelea?

Es, pues, absolutamente indispensable que yo regrese á mi cuarto, con ánimo decidido de echar la llave, é incomunicarme hasta el medio día, cuando salga al comedor.

Pero como si todo el mundo se propusiera echarme lejos de estas tierras, echarme con una impresión de terror tal, que jamás me ocurriera volver á poner los pies en ellas, apenas entro á la casa y Vicente me asalta:

—Patrón, ¿que si se le puede hablar?

Hago un gesto de extrañeza.

—Es de los nuestros-exclama benévolo Vicente, y con un tonillo, que medan ganas de apagarle con los puños cerrados. Y ni siquiera puedo resistirme, porque, sin miramientos de ninguna especie, un hombraz o de lineas brutales, de piel curtida, de cabellos lacios y negros aún, se lanza hacia mí, y comienza por darme un abrazo, que casi me despachurra.

Oportunamente me acuerdo de mi héroe, de Melitus el de Victor Catalá, y hago que mi hombre entre, qne tome asiento; lo acojo con la más agradable de las sonrisas, y, sin ambajes de ninguna especie le pregunto, qué hay de revolución.

Naturalmente que no he errado. El pobre diablo éste viene de su rancho, á veinte leguas de distancia, con el único y exclusivo objeto de ponerse á mis órdenes con diez de los suyos, debidamente montados y armados, para la "hora de la hora".

Y este viejo bonachón me enseña sus dientes blanquísimos y menudos como granos de elote tierno, y cuando ríe me

contagia con la frescura de su ingenuidad y de su regocijo. Y yo, en un arrebato de desesperación sublime, le comunico qne soy coronel del *ejército libertador*, y que el propio *don Panchito* me ha dado mi despacho; y como esta noticia saca de madre los entusiasmos de mi hombre, y me colma de los elogios más calurosos, jurándome que tengo el aire marcial y toda la gallardía de un valiente militar, creo justo, en recompensa, nombrarlo mi teniente coronel, con amplias facultades para que él, á su vez, otorge los nombramientos que se le dé la gana, entre sus subordinados.

Romualdo Contreras López, mi coronel, para servirle. Favor de apuntar mi nombre, mi coronel .... Romualdo Contreras López.

—Descuide, capitán, tengo uua memoria de copiador.

—La verdad que ya urgía, mi coronel, que nos quitáramos este gobierno de encima. El gobierno de Porfirio Díaz es un gobierno de puros bandidos. Figúrese, mi coronel, que tengo una garrita de tierra que no llega á cinco caballerías, y por es-

te terrenito pago ni más ni menos que lo que está pagando al fisco el coronel Hernández. ¿Y sabe usted cuanto vale sólo la hacienda del "Cedazo?" Puesel año pasado ofrecieron docientos cincuenta mil pesos, y el coronel no quiso darla, ¡Un gobierno de ladrones! Allí está, para no dejarme mentir, la última ley de aguas. ¿No ha leído mi coronel eso? Pues nada menos se declara el gobierno de México dueño del cielo y de la tierra .... que dizque las afluentes directas é indirectas de ríos, arroyos, etc. le pertenecen .... Como quien dice nada, mi coronel, las nubes .... los mares .... el cielo .... ¡Conque para muestra de ladrones creo que esta es la mejor ...!

———

Al medio día me sorprende la suntuosidad del servicio en el comedor. Toño repara en ello, y sonriendo me dice:

—Es nuestro primer presente al jefe de las fuerzas libertadoras.

—El primero, porque el último tendrá que ser la corona de laurel que yo tejeré con mis propias manos-exclama María con inaudita coquetería.

—La gente y armas que puedas proporcionarte en la finca, están á tu disposición. No necesitas pedirme permiso, Andrés. Estos rancheros son muy fáciles de manejar; basta con que les pongas un bailecillo, los emborraches, y un grito lanzado á tiempo de ¡Viva Madero,! y todos te siguen. Cuando quieran arrepentirse, los llevas ya muy lejos, á veinte ó treinte legus de distancia. ¡Oh, si yo pudiera te seguiría, y, como siempre, me tendrías á á tu lado, como tu amigo fiel . . . ! Pero, ya ves, cada día estoy peor; con todo y mi entusiasmo, tengo momentos de una depresión ten grande, que sería para ustedes un verdadero estorbo, una carga pesada é inútil . . . . Tengo momentos en que la vida misma me canza . . .

Y veo que los ojos de Toño se arrasan, y oigo sus últimas palabras enronquecidas y apagadas por una tristeza infinita.

María huye al espectáculo doloroso del hundimiento de su marido, y se distrae haciendo grandes tajadas de un pastel.

A las cuatro, pues, salgo de la casa de Vicente, convertido en un auténtico ran-

chero de bluza azul, de pantalón de mezclilla, tan sobrado de asentaderas como escaso de piernas. Y á las cinco en punto, oprimiendo la cartera de billetes tras de mi camisa y muy cerca del pecho, espero el tren en la Estación de "Villalobos" Llevo el dinero suficiente para pasar dos ó tres meses en los Estados Unidos. mientras cesan estas necias persecuciones, mientras don Porfirio da, por fin, cuenta de Madero y sus secuaces. Entonces tornaré á mi patria ya tranquila . . . . Y estos mil pesillos, que tan felizmente han venido á caer dentro de mi bolsillo, que *don Panchito*, me los cargue en mi apreciable cuenta . . . .

———

—Eeeeeese Andrés Pérez, á la reja.....

El grito se repercute agudo y destemplado primero, luego ronco y sordo, apagado y confuso al último, á lo largo de las paredes frías y sucias del inmenso galerón.

Yo estiro la floja cintura de mi escaso pantalón de mezclilla, miro, atontado, á todas partes, hasta que uno de los presos, más compasivo que los que se ríen

de mí, alarga la mano y me indica la puerta.

El grito se repite amenazante, y yo me encamino, apresurado, hacia el lugar donde oigo crugir los cerrojos. Una pesada hoja de hierro se entreabre para darme paso.

—A la alcaidía—gruñe el celador.

¿Otra vez á la alcaidía¿ ¿Preguntas necias aún?

Anoche, después de que me trajeron de la estación de "Villalobos" los gendarmes del Estado, bien trincado, fuí detenido en la alcaidía primero, y ahí, en ese cuarto cuadrado, pequeño y horrible, de pie, sostuve, hasta la madrugada, el formidable interrogatorio de sandeces que me formuló el Sr. Director Político.

Esperaba, pues, encontrarme con el sujeto de párpados carnosos, tierna mirada de carnero y serenidad jumentil; pero al entrar á la alcaidía, no ví sino una silueta fina y elegante de mujer, en la penumbra de un rincón, y al extremo de una banca burda y sucia de polvo. La joven enlutada se levantó el velillo de su rostro, y me miró con ojos no menos pasmados que los míos.

Mi linda amiga (porque era ella, María,) vacilaba aún, cuando desbordante de gratitud y de regocijo, me senté á su lado y cogí calurosamente, apasionadamente, su mano convulsa y nerviosa.

—¡Imposible reconocerlo en semejante facha!—me dijo, queriendo sonreir; pero, luego, ya en la trágica actitud que exigían las circustancias, agregó:

—¡Que imprudencia tan grande, Andrés¡ . . . Debía habernos avisado . . . Figúrese . . . .

María conoce toda mi ventura de la estación donde fuí aprehendido, en los momentos mismos en que tomaba el tren del norte; pero lejos de comentarse desfavorablemente mi actitud, se le ha rodeado de misterio, y mis actos se juzgan como verdaderos heroismos; mi fama, pues, se ha agigantado enormemente ante la opinión pública de "Esperanza" y alderredores.

La coincidencia de mi encarcelamiento con la iniciación de los tratados de paz entre el Gobierno y Madero, en Ciudad Juárez, ha provocado una intensa agitación, y todo el mundo quiere ahora echarse á la guerra.

—Porque como usted comprende—dice María—Madero no es un idiota para dejarse jugar en la boca, el dedo del fullero Díaz. Madero ha hecho muy bien en pedirle la renuncia . . . Yo habria hecho lo mismo . . . México entero hará lo mismo . . .

Indignada, María estaba bellísima. Y yo la dejo hablar, y conscientemente me entrego al yugo de su encanto femenil. Ni la más leve intención de defensa, ni un asomo de enteresa para afrontar un ataque. Se ha adueñado de todas las posiciones. Su traje de seda negro, sus lustrosos cabellos negros, sus delgadas cejas negras, todo está maravillosamente dispuesto para el explendor de la blancura fascinante de su rostro y de sus manos giocondinas.

Un momento se interrumpe, mira á un lado y á otro; luego se acerca y me dice muy quedamente:

—Sépalo de una vez, mañana en la noche se *levanta* Toño y todos los de "Esperanza," y vendrán y lo sacarán de aquí.

—Pero eso sería el colmo de los disparates—pronunció con alarma.—Convenza

usted á Toño, María, de que es una barbaridad lo que pretende . . . Si por mi se arriesga, debo decirle á ustedes con toda franqueza, que desde que he sido atrapado por los gendarmes, me siento en lugar seguro y verdaderamente dueño de algunas garantías . . .

Por fortuna este arranqne estúpido no fué advertido por ella. Mi linda amiga ha bía comprendido, ó fingía comprender hasta ahora, que yo no abandonaba su manecita suave y tibia, desde que comenzó nuestra entrevista, y con un movimiento inquieto y nervioso intentó retirarla; pero yo la detuve, y supliqué con una mirada harto elocuente, y ella cedió, y sus carrillos se arrebolaron, y ese instante fué el más delicioso instante de Andrés Pérez, maderista.

———

—Qué amigas gasta usted—me dice el baboso del Director Político, contemplando la gracia y salero de mi enlutada, que sale de la alcaidía en el momenro en que él penetra.

—Cuídese usted mucho, señor—le contesto gravemente,—esta señora pudo ha-

berme traído todo un armamento: rifles, bombas de dinamita, ametralladoras . . .

—Si . . . pero hasta que me explique lo del vestido de mesclilla no puedo darle crédito . . .

Y por no engolfarme de nuevo en las mismas necedades de la víspera, prefiero volver la espalda á la primera autoridad y dejarme engullir por aquel sucio é inmundo bodegón.

En mi aislamiento, las ideas perduran ahora en mi cerebro. La visita de María me *labra* toda la mañana; cuando esa misma idea, repetida mil veces, me canza, pienso en el *levantamiento* proyectado por Toño Reyes, después en los sucesos de Ciudad Juárez, y por primera ocasión me sorprendo de la debilidad espantosa del Gobierno de Díaz; de la ruina de un régimen que yo creí siempre inatacable; de la aurora de un cambio social que nunca creí posible.

Estos pensamientos, tan ajenos á mis preocupaciones ordinarias, me fatigan á

tal punto, que, al acabar de comer, me tiro en un jergón y me quedo profundamente dormido.

—Ese Andrés Perez á la reja . . .—me despierta de nuevo la aguda y destemplada voz.

Malhumorado me pongo en pié y me dirijo á la reja. Una visita tan sorprendente como la de esta mañana. Don Octavio, el rico hacendado de "La Cruz Alta".

No encuentro frases propias para hacerle presente mi gratitud.

—No tiene que agradecerme, joven; le tengo estimación y quiero serle util de alguna manera. El Director Político es amigo mío: desde luego he conseguido permiso para que salga usted un par de horas conmigo á desentumir las piernas. Los alrededores del pueblo son muy pintorescos. Así es que, si gusta, vamos á hacer un corto paseo.

Hago reparar á don Octavio en mi traje de peón de hacienda; le pido permiso para entrar á ponerme la ropa nueva, un fardo que ni siquiera me ha ocurrido deshacer, y que me envió María, esta mañana, despues de su visita.

El hace un gesto de indiferencia, me coge de un brazo, y juntos salimos á la calle.

Naturalmente comienzo por explicar mi caso.

—Todo es resultado de esta leyenda absurda que se han empeñado en sostenerme, desde Toño hasta el más estúpido labriego. Si he tomado este disfráz, don Octavio, ha sido sólo para escapar á la persecusión de la policía; pero mi intento era huir, escaparme de "Esperanza," donde la vida se me había hecho materialmente imposible. Le juro á usted que la misma cárcel es un albergue superior para mí, á la casa de Toño Reyes. Era mi situación altamente ridícula.

—En efecto—contesta turbado don Octavio. Permanece silencioso y pensativo unos instantes; luego sonríe vagamente y pronuncia:

—La verdad es que yo estaba también en el mismo error . . . Y lo siento . . . por usted.

—Pero ¿que es revolucionario también usted, don Octavio?

—Tal vez lo sea sin saberlo yo mismo, sin quererlo yo mismo.

Yo me exalto.

—Pues yo no lo creo, aunque lo oiga de sus propios labios. Yo comprendo los revolucionarios, como Vicente el mayordomo, gentes incultas; como Toño Reyes, locos exaltados . . . Porque usted lo sabe mejor que yo, don Octavio . . . Todo eso de la revolución no es, no puede ser, más que una mentira, una gran mentira, una mentira enorme . . . Los pueblos han derramado eternamente su sangre por arrancarse de sus carnes á los vampiros que los aniquilan; pero ni un sólo pueblo ha conseguido, ahora ni jamás, sino sustituir unos vampiros por otros vampiros . . . En un tiempo los vampiros se llamaron Emperadores, Reyes, Papas, Presidentes . . . mañana se llamarán . . . no importa el nombre; pero serán siempre ellos, siempre los mismos, eternamente los mismos . . . Porque la ley de la vida es el triunfo del fuerte, y el fuerte para ser fuerte necesita nutrirse y vivir del débil . . . Eso fué, eso es, eso será. . . Por consiguiente, usted no puede ser revolucionario: ¡sería el absurdo de los absurdos!

Don Octavio, inclinada la cabeza -calva y cana, permaneció unos instantes mudo, como recapacitando.

Paseabamos á lo largo de una avenida bordeada de olmos frondosos cuyas copas doraba el sol tramonto. El silencio del bosque era propicio para aquellas pláticas.

—Las convicciones, amigo mío —dijo don Octavio,—son unas, los actos del individuo son otros. Usted no podrá comprender la lógica del ateo, que en un momento de suprema augustia vuelve los ojos al cielo é implora al vació, si no sabe usted que el atavismo es inmensamente más poderoso que la fuerza aislada de la personalidad; que el atavismo estará siempre pronto á caer como una maza aplastante, apenas ceda un poco la fuerza del pensamiento á otra fuerza cualquiera, la fuerza del dolor, por ejemplo; usted no comprenderá al individualista anarquista, que se lanza á la guerra, en el instante angustioso en que comprende amagada de muerte su propia nacionalidad, si usted ignora que aquel individuo que niega la noción de patria, que detesta el

militarismo, en el instante supremo en que habla la raza, todo lo olvida por salvar la raza; porque la fuerza de la raza es inmensamente más paderosa que la fuerza de un cerebro atiborrado de sapientísimas doctrinas. Usted no podrá comprender á un individuo de alta cultura, que sabe plenamente que el universo está reducido á su propio *yo*, y que un día ha visto á su hijo arrebatado por las aguas de un río caudaloso y se ha lanzado ciegamente á perecer junto con su hijo, si no comprende usted que la fuerza de la especie es enormemente más poderosa que la fuerza de ese pobre *yo*, de ese yo ridículo y fatuo, ese yo nada; porque atavismo, raza, especie, lo descubren en los momentos supremos de la vida, en toda su nulidad . . . !

—Preocupaciones . . . Hemos evolucionado lo suficiente, don Octavio, para ir dando de mano un porción de ideas que nos parecen cuerdas. La prueba la tiene usted en este sólo ejemplo. El mundo moderno, don Octavio, no se mata más por ideas religiosas . . . El día que la evolución humana nos permita convencernos á *todos* de que la justicia, vervigracia'

es uu misto, una palabrota tonta; ese día la guerra por la llamada justicia dejará de existir también.

—¡La Justicia!: las sociedades todas, amigo mío, poseen una noción de Justicia que corresponde perfectamente á una necesidad absoluta de nuestro espíritu. Hasta ahora, es la verdad, la Justicia es una palabrota, una palabrota nada más....

—Y una palabrota--le interrumpo con vivacidad—que encierra la idea más en pugna con las leyes elementales de la vida; antinatural por todos sus lados.

--El hecho mismo de que la idea de Justicia sea perfectamente antinatural nada significa. El hombre, desde que apareció en el planeta, ha gastado la mayor parte de sus energías en una lucha titánica contra su terrible enemigo la naturaleza, ¿Qué otra cosa es la obra de la ciencia, sino el contingente de conocimientos que el hombre ha acumulado en esa lucha contra la tierra y contra todos los elementos del cielo y de la tierra, que los hostilizan desde que nace hasta que muere? ¿Qué son la medicina, la higiene, las matemáticas, la agricultura, la mecánica etc'

etc?, Que la palabra Justicia no es ahora más que una palabra ¿y qué? ¿Cuánto de lo que ayer era sólo una palabra, ahora está al servicio del hombre? La electricidad ayer era el rayo que mata, ahora el hombre ha aprisionado la electricidad en los hilos de un cable y la lleva á su casa, á sus paseos, á sus teatros, y se calienta con ella, y se alumbra con ella, y la electricidad se ha convertido en la fiel y obediente servidora de esta pobre *rana desnuda*.

---Sí, pero la electricidad es una fuerza física, algo existente; la Justicia es una idea, una abstracción . . . nada. No hay pues equivalencia alguna.

—No existe la diferencia tan enorme como usted se la supone. Para domeñar la electricidad han sido necesario muchos años; para hacer algo efectivo de la idea de Justicia tal vez sean precisos algunos siglos ¿y que? sólo es cuestión de tiempo.

—Sí, cuestión de tiempo, poca cosa, cuestión de siglos. ¿Entonces á mi qué me importa la Justicia?

—Cuando yo me rasuro por la mañana, sin saber si viviré al medio día, me preocupa un bledo semejante idea; lo mismo, cuado yo laboro por un ideal de Justicia, no me importa saber si dentro de diez siglos, ó de cien siglos, ó de mil siglos, se habrá agotado la especie por la que yo trabajo . . . Si los hombres hubieran pensado tan cuerdamente como los superhombres del género que usted está revelándome, seguramente que no habríamos alcanzado aùn la edad de piedra; afortunadamente la humanidad marcha á pesar de los superhombres....

Yo me picaba del tonillo agresivo que cogía mi amigo don Octavio.

—Siempre han sido los que han dudado de alcanzar alguna vez la justicia en el mundo—prosiguió más acremente—aquellos que han sido los derrotados en la vida, es decir, los cobardes, los ineptos, los degenerados; para ellos carecen de significación alguna estas palabras de un sabio contemporáneo: "ser es luchar, vivir es vencer". Estas palabras compendian toda la ciencia de la vida; estas palabras salen ahora al

encuentro de las religiones que niegan la vida, de las religiones de los apocados, de los débiles, de los fracasados. Tal vez como lo afirmó ese loco sublime, Nietzsche, la humanidad ha retrocedido enormemente, desde que se dejó seducir por esa religión de los cobardes, que lleva implícita la idea de la justicia imposible. Tal vez el día que los hombres se resuelvan á limpiarse de ese cúmulo de religiones enervantes, como ahora se limpian de los microbios, alcancen al fin la salud, y con la salud la Justicia, porque sólo una humanidad sana, amigo mío, puede ser una humanidad justa.

La casualidad quiso que en ese mismo momento, al atravesar un matorral, se levantara de entre las zarzas, un gavilán con una torcaz entre las garras. Un grito agudo mío le hizo soltar la presa y alzar el vuelo. Entonces yo me acerqué, cogí en mis manos la palomita, horriblemente enventrada, caliente todavía, el plumaje rojo de sangre y restos de las víseras, de entre los cardos.

¿Explíqueme usted esto, don Octavio? —pronuncié friamente.—Este gavilán es-